

¿LOCURA?

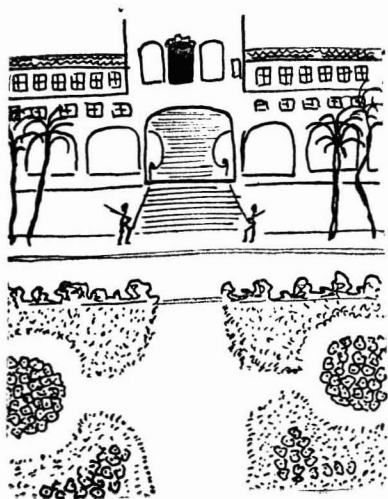
No. Contra lo que ciertos ingeniosos han afirmado, el general Ydígoras no es ningún paranoico. Su actitud hacia México, con toda su increíble agresividad, con su insolencia, con todos sus deliberados impedimentos para alcanzar una solución equilibrada y justa, es fruto de una bien premeditada táctica, que no de una crisis mental. Evidentemente, Ydígoras sabe lo que quiere, y ha puesto al servicio de sus afanes una ingeniosa maquinaria que, lejos de suscitar nuestra sonrisa, nuestro desprecio, o nuestras inútiles furias, debería ponernos en guardia frente a las verdaderas intenciones que aquélla encubre.

DESPRESTIGIO

AHORA BIEN, ¿cuáles son esas intenciones? No es necesario ser un experto en cuestiones internacionales para adivinarlas. Lo que el actual mandatario de Guatemala ha pretendido al desencadenar el presente conflicto, no es otra cosa que el desprestigio continental de México.

LA OPORTUNIDAD

NUESTRA REPÚBLICA ha vivido, durante los últimos años, en un injustificable aislamiento respecto



LA FERIA

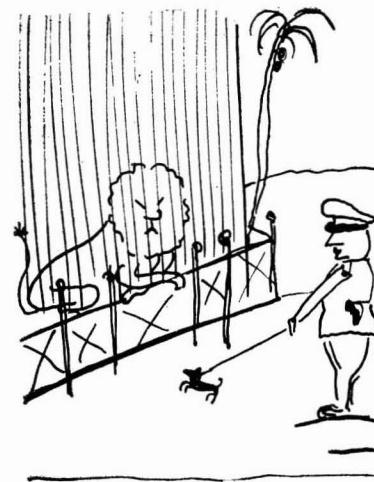
DE

LOS DIAS

de las naciones hermanas. No sólo no hemos correspondido a la genuina esperanza que ellas han puesto siempre en este hermano mayor que es México. Ni siquiera nos hemos preocupado por establecer, al sur de nuestras fronteras, nexos inteligentes, vínculos capaces de propiciar el diálogo constante, la comprensión mutua, el intercambio cultural y el conocimiento recíproco —y bilateralmente feraz— de nuestros problemas. Tal situación ha creado entre nuestros vecinos hispanoamericanos un clima de alejamiento espiritual y de ignorancia; clima aprovechable por determinados intereses hostiles al influjo de México —y a cuanto este influjo significa de afirmación de los privilegios nacionales—, para sembrar, en perjuicio de nuestro país, en un momento dado, la desconfianza y el recelo. Y esos intereses, hoy representados por el señor Ydígoras, no han vacilado en servirse de tamaña oportunidad.

HABIL MANIOBRA

LA MANIOBRA ha sido hábil. Pues, de cualquier modo que se vea el conflicto, el Gobierno de Guatemala lleva todas las de ganar. Si México decidiera adoptar, eventualmente, una actitud enérgica, los órganos informativos y publicitarios de Ydígoras y de sus ocultos patrocinadores, los magnates que lo auspician, no tardarían en proclamar que una nación grande está atropellando a una pequeña; y es seguro que la simpatía universal por el débil operaría aquí como un argumento político de primer orden para desacreditarnos. Y si, por el contrario, México optara, en definitiva, por soslayar el incidente, tampoco dejarían de tener, Ydígoras y los suyos, armas para volver en contra nuestra la opinión americana; pues nada les impediría, por ejemplo, interpretar públicamente el hecho como ineptitud y flaqueza de nuestra parte; o bien insistirían en seguir produciendo nuevas causas de fricción que habrían de obligar, a la larga, a



nuestras autoridades, a medidas más drásticas (y, según hemos advertido, más susceptibles de ser esgrimidas y desvirtuadas tendenciosamente).

LECCION

HA de convencerse nuestro Gobierno —y recordamos la promesa que, al efecto, nos hizo nuestro actual presidente en su discurso de toma de posesión— de la necesidad de fomentar desde luego mejores relaciones con los pueblos hermanos, evitando así el peligro de futuras maniobras de ocasionales, inescrupulosos mandatarios de aquéllos mismos pueblos, en perjuicio de nuestra nación y de nuestra necesaria amistad recíproca.

DISCRIMEN

POR LO DEMÁS, todos los mexicanos nos hemos dado cuenta, por fortuna, en el caso de Guatemala, de que no se trata de un conflicto entre dos pueblos, sino de un malévolamente incidente provocado por el mercenario gobernante de uno de ellos. Nunca subrayaremos demasiado este discrimen, cuyo olvido redundaría en la mayor de las injusticias.

—J. G. T.

